

**Acto solemne de investidura como *Doctor Honoris Causa*
del Prof. Dr. D. Andrés Santiago Suárez Suárez
por la Universidad de Sevilla
(Sevilla, 28 de mayo de 1997)**

Recibido: 24 de octubre de 2007

Aceptado: 8 de noviembre de 2007

**ELOGIO Y PETICIÓN DEL PROFESOR DR. D. MANUEL ORTIGUEIRA
BOUZADA, PADRINO DEL DOCTORANDO PROF. DR. D. ANDRÉS SANTIAGO
SUÁREZ SUÁREZ**

Excelentísimo y magnífico señor rector.
Excelentísimas e ilustrísimas autoridades.
Claustales, profesores, alumnos.
Señoras y señores.

Me ha correspondido el alto honor de hacer la *laudatio* del catedrático de la Universidad Complutense don Andrés Santiago Suárez Suárez en este solemne acto de su investidura como *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Sevilla.

El profesor Andrés Suárez nació el 6 de octubre de 1939 en Luaña, municipio de Brión, en A Coruña. Lo conocí en el otoño de 1957, hace ahora cuarenta años, cuando ambos coincidimos cursando los estudios de profesorado mercantil en la Escuela Superior de Comercio de A Coruña. Fue entonces cuando se forjó entre nosotros una sincera amistad que todavía perdura.

Nuestro primer encuentro tuvo lugar cuando viajábamos en el viejo tranvía que hacía el recorrido desde el Cantón a Riazor. Fue una tarde al regresar de clase, atildados con chaqueta y corbata, el obligado “uniforme” de los estudiantes de entonces.

Muy pronto pude verificar por mi mismo la extraordinaria calidad intelectual que ya por entonces poseía Andrés Suárez. Una calidad que gozaba del reconocimiento generalizado no ya de sus compañeros de estudios sino, y lo que es mejor, de sus propios profesores. Uno de estos, don Antonio Fernández Montels, sevillano de pura cepa, hizo célebre un examen de reválida que Andrés Suárez superaría con premio extraordinario. Los examinadores quedaron estupefactos cuando, ante una pregunta aparentemente intrascendente de Derecho Mercantil, nuestro maestro de hoy respondió desarrollando la sutil controversia existente sobre la materia con un amplio abanico de citas relativas a los juristas más prestigiosos que se habían ocupado del tema.

A Coruña de finales de los años cincuenta era una ciudad cosmopolita por excelencia, donde se combinaban armoniosamente lo antiguo y lo moderno en un entorno protagonizado casi exclusivamente por el mar. En este ambiente el profesor

Suárez se rige por una férrea disciplina en el estudio, que no sólo le produce la satisfacción de alcanzar y mantener el liderazgo de las calificaciones de su curso sino las propias del filósofo, del amante del saber y de quien acepta el desafío de la indagación y del descubrimiento. También puedo evocar con plena claridad su semblante de euforia cuando tras un planteamiento absolutamente correcto y unas interminables y tediosas operaciones, consiguió simular y resolver mediante programación matemática el problema del desembarco de Normandía propuesto por nuestro profesor don Serafín Vázquez Costa. Para aquella época, sin los ordenadores y las sofisticadas calculadoras de nuestros días, aquel logro tenía un mérito indiscutible.

También recuerdo, como si hubiera sucedido ayer, los paseos de Andrés Suárez por el puerto comercial de A Coruña. La finalidad no era otra que la de practicar la conversación en alemán con las tripulaciones de los barcos con matrícula generalmente de Bremen. Soy testigo de que ya por entonces el nivel de alemán del profesor Suárez era excelente, como testigo fui de su afición por la música popular mexicana y por los paseos nocturnos al Orzán los días de fuerte temporal, cuando las grandes olas del mar embravecido se estrellaban contra las rocas, elevándose la espuma blanca hacia el cielo con la fluorescencia de los ingenios pirotécnicos más destelleantes y espectaculares.

Sus comienzos

Concluidos sus estudios de licenciado en Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales (sección de Económicas y Comerciales) en las especialidades de Economía General y Economía de la Empresa con un expediente académico brillantísimo, inició Andrés Suárez su andadura académica en la Universidad Complutense de Madrid como profesor ayudante, primero, para luego alcanzar las categorías docentes de profesor encargado de curso y de profesor adjunto de Economía de la Empresa.

Cuando en el año 1968 gana por oposición –con el número uno– la cátedra de Organización y Administración de Empresas de la Escuela Superior de Comercio de Alicante, lleva ya muchos años brillando progresivamente con luz propia, luz que aumenta su intensidad el 14 de abril del año 1969, día en el que lee y defiende su tesis doctoral y en la que obtiene la calificación de sobresaliente *cum laude* con premio extraordinario.

Su paso por Málaga

El tiempo que transcurre desde octubre del año 1969 hasta noviembre del año 1973 fueron los años del profesor Suárez en Málaga. El primero de ellos como catedrático interino de Economía de la Empresa y los tres siguientes como catedrático titular de la disciplina, siendo además decano de la Facultad durante los dos últi-

mos años de ese cuatrienio. La de Málaga fue la cuarta Facultad de Economía creada en España, después de las de Madrid, Barcelona y Bilbao. Cuatro años son muchos en la vida de una persona y muy pocos en la andadura de una institución universitaria, pero los cuatro de magisterio de Andrés Suárez fueron suficientes para que en muchos de sus alumnos se despertara o se afanzara nuestra vocación por la docencia y por la investigación en el campo de la economía y de la administración de empresas, la mayoría de los cuales, merced a su siempre valiosa y desinteresada ayuda, somos hoy catedráticos en diferentes universidades españolas.

De esta etapa malagueña, además de varios artículos de excelente calidad, relevantes en la literatura española de la economía de la empresa, son fruto los dos primeros libros publicados por el profesor Suárez: *Aplicaciones económicas de la programación lineal* (Madrid: Guadiana de Publicaciones, 1970) y *Programación económica por el método del transporte* (Madrid: Instituto de Desarrollo Económico, 1972). Asimismo, hay que destacar su labor como director de investigación, fruto de la cual se realizan y defienden con éxito sus primeras tesis doctorales.

Los años del profesor Suárez en Málaga estuvieron presididos por uno de los atributos que se han mostrado invariables a lo largo de su vida: el trabajo. Fui testigo directo de sus muy largas jornadas de trabajo, que se iniciaban siempre temprano y que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada en infinidad de ocasiones. Y de este espíritu de trabajo nos contagiarnos todos los que formábamos parte de su grupo de docencia e investigación. Era una constante para el guarda de la Facultad de Ciencias Económicas tener que abrir la puerta a las tres y cuatro de la madrugada para que pudieran salir los discípulos de don Andrés Suárez. Además, Málaga tuvo un significado especialmente trascendente en la vida afectiva de nuestro maestro, por cuanto que fue en esa incomparable ciudad donde conoció a María Gregoria García Arribas, académica como él, con la que fundó una admirable familia que le ha acompañado a lo largo del último cuarto de siglo.

De nuevo en Madrid

A su vuelta a Madrid –por concurso de traslado–, el profesor Suárez tiene que asumir la dirección del Departamento o Área de Inversión y Financiación de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense, responsabilidad que compatibiliza, a petición de la superior autoridad académica, con la de director del Departamento de Economía de la Empresa y Contabilidad de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) desde el año 1975 hasta el año 1980.

Es durante esta época cuando el profesor Suárez es consejero científico o miembro del consejo de redacción de una buena parte de las revistas científicas más importantes del país sobre temas de economía y de administración de empresas. Cabe citar, entre otras, la *Revista de Economía Política*, la *Revista de Económicas y Empresariales* y la *Revista Española de Financiación y Contabilidad*.

Desde el año 1979 hasta el año 1982 dirige las colecciones de “Economía y Administración de Empresas” y “Escuela de Salamanca” de ediciones Pirámide.

Asimismo, durante el trienio 1980-1983 es *associate editor* de la revista científica *Journal of Banking and Finance*, editada en inglés por la prestigiosa editorial North Holland.

Y todavía tiene tiempo durante esta fructífera etapa para publicar libros y artículos, pronunciar conferencias en universidades nacionales y extranjeras y en las tribunas de muchas de las más importantes instituciones económicas y financieras del país.

En el año 1976 publica el profesor Suárez *Decisiones óptimas de inversión y financiación en la empresa*, una obra emblemática dentro de la economía de la empresa, cuya decimoctava edición vio la luz el pasado año. Sus obras *Economía financiera de la empresa* y *Orden económico y libertad* fueron publicadas las dos en el año 1981.

Su etapa del Tribunal de Cuentas

El 30 de junio de 1982, Andrés Suárez es elegido por el Parlamento español para ocupar, durante un período de nueve años, la responsabilidad de consejero del Tribunal de Cuentas de España, que es el supremo órgano fiscalizador de la actividad económico-financiera del Estado. Los que le conocieron o tuvieron la suerte de trabajar a sus órdenes supieron de su competencia, de su independencia, de su seriedad y de su honestidad. Esta actitud recta la ha plasmado en la prensa española la pluma de un prestigiosísimo profesional y maestro de los medios de comunicación social.

Como consecuencia de su actividad profesional en el Tribunal de Cuentas ha tenido que comparecer en diferentes ocasiones en la Comisión Mixta Congreso-Senado para las Relaciones con el Tribunal de Cuentas a fin de explicar a sus miembros cuestiones puntuales de los informes de fiscalización en los que él había actuado como ponente y por lo que aparece, por lo tanto, en los correspondientes índices de oradores de los diarios de sesiones del pleno y de la diputación permanente y de las comisiones.

A lo largo de los nueve años en que fue consejero del Tribunal de Cuentas, y a costa muchas veces de restar horas a su tiempo de descanso, no abandonó su actividad de estudio e investigación: colaboró con la universidad siempre que pudo y cuantas veces ésta se lo pidió, representó al Tribunal de Cuentas en varios congresos internacionales de entidades fiscalizadoras superiores, participó como coponente en la conferencia internacional que tuvo lugar en la sede de las Naciones Unidas en Viena del 20 al 22 de septiembre de 1986, en el marco del Programa de Formación en Auditoría Pública.

Formó parte de la misión técnica que, a petición de la Auditoría General de la República Popular China, envió el Tribunal de Cuentas de España en septiembre del año 1988 para impartir un ciclo de conferencias sobre *Auditoría de empresas públicas internacionales*.

Participó, representando a España, en el *XIII INCOSAI (International Congress of Supreme Audit Institutions)*, que tuvo lugar en Berlín del 12 al 21 de julio de 1989. A Andrés Suárez le correspondió el honor de ser uno de los relatores de dicho congreso.

Dirigió el curso de formación sobre *Auditoría Financiera y Value for Money Audit* para los técnicos del Tribunal de Cuentas de Portugal, que tuvo lugar en Lisboa, en la sede de esta institución, del 18 al 22 de junio de 1990, por invitación de su presidente.

De su etapa en el Tribunal de Cuentas son fruto las monografías editadas por el Servicio de Publicaciones de dicho organismo, *La empresa pública y su control* y *El control o fiscalización del sector público. Auditorías de eficiencia*, y el trabajo “Control de la actividad económico-financiera del sector público. La interdependencia de los diferentes tipos de auditoría y ciclos de control”, publicado en el *International Journal of Government Auditing* en julio del año 1987, que mereció la calificación de *excelente* por parte del *board of editors*, así como el libro *La moderna auditoría. Un enfoque conceptual y metodológico*, publicado por la editorial McGraw-Hill.

La nueva etapa

Concluido el período de nueve años como consejero del Tribunal de Cuentas para el que fue nombrado por las Cortes Generales, Andrés Suárez se reincorporó a su cátedra de Economía en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense, tarea que desempeña a tiempo parcial. Completa su dedicación como profesor y director de área del Colegio Universitario de Estudios Financieros (CUNEF), una institución universitaria que patrocina la Asociación Española de Banca, dependiente académicamente de la Universidad Complutense.

Sigue publicando libros y artículos, participando en congresos y pronunciando conferencias por toda la geografía nacional. Entre las publicaciones más relevantes del profesor Suárez en esta nueva etapa cabe citar las siguientes: el *Diccionario de economía y administración*, editado por McGraw-Hill en el año 1992; el trabajo “Crisis económica y Unión Europea”, contenido en una obra colectiva publicada por la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense con motivo del cincuenta aniversario de su creación; y, asimismo, el trabajo “Economía y finanzas. De la teoría de los mercados a la teoría de la empresa”, recogido en la obra colectiva *¿Qué es economía?*, aparecida recientemente en el mercado del libro español.

El profesor Suárez es miembro de diversas sociedades y asociaciones científicas nacionales y extranjeras. Entre ellas mencionaré la American Economic Association, la American Academy of Management y la Financial Management Association.

En el terreno de la divulgación de temas económicos y sociales, el profesor Suárez ha publicado numerosos artículos periodísticos en los diarios *La Voz de Gali-*

cia, *El País* y *ABC*. Asimismo, ha hecho incursiones en el terreno literario con algunos trabajos que han permitido recuperar antiguas tradiciones y costumbres de la vida rural de Galicia. Yo destacaría dos libros dotados de un especial encanto: la obra costumbrista *Mira prá Luaña* y el cuento *O raposo Careto*.

No es posible concluir mi presentación, resumida y sintética por necesidad, en torno a la figura del eminente profesor Andrés Santiago Suárez Suárez, nuestro maestro y amigo de siempre, que tan prolongada, intensa y diversa influencia ha ejercido sobre nosotros, sin hacer referencia a su dimensión ética. En efecto, su magisterio nos hizo partícipes de su saber y del fulgurante producto de sus reflexiones, bien en el campo de la investigación operativa y del análisis cuantitativo o bien en el terreno de la ciencia económica de la empresa o en la esfera de una extensa variedad de disciplinas económicas, financieras y administrativas. Pero son sobre todo su actitud firme, recta y comprensiva, su estilo elegante, sobrio y digno, y su talante sincero, generoso y honesto, los atributos imperecederos y ejemplares que engrandecen todavía más una personalidad ya célebre por sus trabajos y contribuciones esparcidas por numerosos países a través de variadas lenguas. Una personalidad que ha consagrado su vida a los demás, al trabajo esforzado, a la búsqueda y transmisión del conocimiento en el marco del espíritu altruista y universal que desde siempre ha inspirado nuestra vieja academia.

Por todo cuanto antecede, Excmo. y Magnífico Sr. rector, tengo a bien solicitar en representación formal del Departamento de Administración de Empresas y Comercialización e Investigación de Mercados (Marketing) que se proceda a la investidura con el grado de *Doctor Honoris Causa* en Economía por la Universidad de Sevilla al profesor Dr. D. Andrés Santiago Suárez Suárez.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR ANDRÉS SANTIAGO SUÁREZ SUÁREZ,
CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID,
CON MOTIVO DE SU INVESTIDURA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA
POR LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA EL DÍA 28 DE MAYO DE 1997**

ECONOMÍA Y ORGANIZACIÓN SOCIAL

A modo de introducción

Excelentísimo señor rector magnífico, excelentísimas e ilustrísimas autoridades, señoras y señores. Muchas gracias. La verdad es que no sé muy bien cuál es la razón por la que yo estoy hoy aquí. No sé si es por mis méritos, si es que tengo algunos, que algunos debo tener, o por su infinita generosidad. Sea por lo que sea aquí estoy, y debo decirles, a fuer de sincero, que me hace mucha ilusión ser *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Sevilla. Ello me compromete, sin duda, pero también me anima a seguir adelante, a seguir trabajando como creo que hice hasta ahora desde que tengo uso de razón.

Aunque hace ya bastantes años un ex compañero de colegio, que vivió toda su vida del cuento, sin dar golpe y con algún que otro sablazo, me dijo “*sólo trabajáis los que no sabéis hacer otra cosa*”, una reflexión tan filosófica de alguien a quien nunca se le había conocido oficio me hizo meditar más de una vez. Pero bastantes más veces me hizo meditar lo que mucho más recientemente le escuché a un ilustre colega de la universidad española: “*Desengáñate –me dijo–, estudiar, dar clases, hacer libros y escribir artículos no sirve para nada; lo que vale es el poder, la intriga y el intercambio de favores; no pierdas más tiempo trabajando para los alumnos, que ellos trabajen para ti*”.

Les confieso que esta segunda consideración y otras de parecido tenor que he escuchado a bastantes colegas durante los últimos años me han causado, además de indignación, una profunda tristeza, porque comprendí que, amén de cínicas, eran sinceras y certeras en su descripción del modo de funcionar de la sociedad actual.

Por eso me sorprendió tanto y agradeceré siempre el importantísimo reconocimiento que esta Universidad hace a alguien que, si algún mérito tiene, es el de haber trabajado denodadamente para procurar estar al día y explicar a sus alumnos lo último de la disciplina cuya enseñanza tiene encomendada; a alguien que si bien está convencido de las virtudes del mercado como sistema de asignación de recursos y como mecanismo general de coordinación de la actividad económica, de ninguna manera acepta que todo se pueda comprar o vender por dinero, y que piensa que hay cosas que no pueden ser objeto de mercadeo aunque dieran por ellas todo el oro del mundo; se lo hacéis a alguien, eso sí, que está firmemente convencido de que el trabajo personal organizado es la principal fuente del progreso económico de los pueblos y de que en la realización práctica del superior valor de la justicia se encuentra el verdadero fundamento de toda paz o armonía social.

Mi gratitud quiero expresarla, en primer término, al Departamento de Organización de Empresas, del que partió la propuesta de mi candidatura, y de manera especial a mi queridísimo colega y viejo amigo don Manuel Ortigueira Bouzada, a don Emilio Pablo Díez de Castro, al ilustrísimo señor decano de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales don Javier Landa Bercebal, a don Enrique Martín Armario, a don José Antonio Domínguez Machuca, a don Ramón Ruiz, a don Guillermo Sierra y a don Camilo Lebón, y en ellos a todos los miembros del Claustro de la Facultad y de la Universidad.

Esta gratitud quiero hacerla extensiva a los colegas y amigos de otras universidades y ciudades de España que, haciendo un paréntesis en su trabajo diario y viniendo desde lejos en algunos casos, han querido estar hoy aquí conmigo.

Circunstancias personales y experiencias vitales

Nacido en una pequeña aldea (Goiáns, parroquia de Luaña, término municipal de Brión) perdida en medio de los bosques druídicos de la desembocadura del río Tambre en la ría de Noia (A Coruña) –el antiguo Tamara, que dio nombre a una

dinastía real—, en la que no había luz eléctrica ni agua corriente en los hogares ni carreteras y donde las tierras seguían arándose con el típico arado romano tirado por una yunta de bueyes, tuve la suerte de poder ver como en menos de cuatro décadas (sobre todo a partir del año 1960, con la puesta en práctica de las políticas de concentración parcelaria y de ordenación rural) la comarca en la que yo nací y me crié figura entre las más desarrolladas de Europa.

Las carreteras llegan hoy a todos los rincones. No hay hogar que no disponga de uno o dos cuartos de baño, al menos de dos o tres televisores, teléfono, maquinaria agrícola de toda clase y varios automóviles por unidad familiar. En menos de cuatro décadas mi pueblo natal alcanzó un nivel de vida que a la mayor parte de los pueblos de la vieja Eurpa les costó más de dos milenios.

En ello han tenido mucho que ver, sin duda, las ayudas nada desdeñables de la Administración Pública. Pero en este increíble y explosivo proceso de desarrollo económico local ha tenido mucho más que ver el tesón y el afán de superación de sus habitantes. Gentes rudas, educadas en la moral del esfuerzo, acostumbradas a ganar el pan con el sudor de su frente y a arrancar de las entrañas de la tierra o del mar todo el sustento que necesitaban. Las primeras y más imprescindibles obras públicas locales fueron decididas en asambleas vecinales y realizadas con la contribución voluntaria de los propios vecinos, sin ninguna ayuda exterior.

Me decidí por los estudios de economía a finales de la década de 1950, después de pasar por la escuela del pueblo y de realizar los estudios de comercio en la Academia Comercial de Santiago de Compostela, primero, y en la Escuela Superior de Comercio de A Coruña, después.

Fueron los años de miseria que siguieron a la conclusión de nuestra Guerra Civil y de la Segunda Guerra Mundial lo que determinó que yo me inclinara por los estudios de economía y, en particular, por los de economía de la empresa. Me apenaba enormemente el drama humano de la pobreza y la emigración. Quería conocer a fondo, con criterio científico, el porqué unos pueblos sobrados de recursos naturales vivieran en la miseria mientras que otros, carentes de ellos, nadaran en la abundancia. Intuía que la lacra social del subdesarrollo era un problema de mala administración y que las empresas y los empresarios eran claves para movilizar los recursos económicos.

Solía acudir de vez en cuando a despedir algunos de aquellos gigantescos transatlánticos que hacían escala en el puerto de A Coruña y que transportaban emigrantes desde Europa a algún país de América del Sur, porque en ellos siempre viajaba algún amigo, pariente o ex compañero de la escuela del pueblo. Casi todos ellos viajaban a crédito, con el dinero que le había prestado algún usurero, siempre con la garantía hipotecaria de las fincas del padre o de algún otro familiar que se prestara a ello.

De ellos sus familias esperaban que, por lo de pronto, giraran a España lo antes posible el dinero del viaje y que, algunos años después, regresaran con su inconfundible haiga, su ostentosa pulsera de oro y demás atributos del indiano americano; el prototipo de emigrante triunfador que aparece espléndidamente retratado en

la excelente película de Chano Piñeiro *Sempre Xonxa*. Pero estos emigrantes eran los menos. Los más eran los que ni siquiera habían podido devolver el dinero del viaje, y de algunos nunca más se volvía a saber.

Contemplaba con horror aquel tráfico humano y las escenas de dolor que se sucedían a propósito de las despedidas: caras largas y rostros pálidos de novias y esposas, madres abrazadas que lloraban desconsoladamente. Cuando, por fin, con su seco y ronco pitido el barco anunciaba el comienzo de la maniobra del desatraque, miles de pañuelos se agitaban desde tierra para decir el último adiós a unos jóvenes que habían tenido que dejar el pueblo en el que nacieron por otro lejano e incierto que nunca vieron.

Ese es el trasfondo existencial de mi vocación por los estudios de economía. Hubiera preferido la filosofía, la biología o la medicina, pero recordaba el aforismo latino de *“primum vivere deinde philosophare”* (primero vivir, después filosofar). Me preocupaba mi futuro pero me preocupaba también el futuro de mis congéneres. Mi futuro era tan incierto que yo pensaba también en emigrar una vez concluidos los estudios. Para la mayor parte de los jóvenes de mi generación el único futuro posible estaba más allá del Atlántico.

Primeros años en Madrid

Gracias a las becas concedidas como premio a mis calificaciones, tuve la suerte de poder colmar mis inquietudes sociales y mis preocupaciones intelectuales. En la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense me encontré con un plantel de eminentes profesores y doctos maestros de los que aprendí mucho. En el Instituto Social León XIII, en el que cursé estudios de ciencias sociales, y en el Colegio Mayor Pío XII, en el que residí, completé mi formación en el plano social y humano. Al mismo tiempo cursaba estudios en la Escuela Superior de Estadística para poder abordar el fenómeno económico con rigor desde la otra vertiente: la del análisis cuantitativo y empírico, que era entonces –y sigue siendo hoy– la línea de investigación predominante.

Recuerdo, cómo no, y los recordaré siempre, a los grandes maestros de la Facultad de Económicas de aquella época: Castañeda, Valentín Andrés, Fuentes Quintana, Ángel Vegas, Sampedro, Carlos Ollero, Figueroa, Alcaide, Albiñana, Varela Parache, Sardá Dexeus, entre otros. Aunque de sus libros y artículos todos hemos aprendido mucho, no tuve la suerte de que me dieran clase los profesores Rojo y Velarde. Se incorporaron (o se reincorporaron, para ser más exactos) poco después, cuando yo todavía no había concluido los estudios de licenciatura.

Pero hay dos profesores a los que quiero dedicar en estos momentos un especial recuerdo. Uno es José María Fernández Pirla, mi director de tesis doctoral, de quien aprendí mucho en las asignaturas de Economía de la Empresa y Contabilidad; me animó y me ayudó mucho en los momentos difíciles de mi carrera académica.

El otro eminente profesor y gran maestro al que quiero dedicar un especial y emocionado recuerdo es don Gonzalo Arnaiz Vellando, mi profesor de Estadística

e Investigación Operativa, y el presidente del tribunal de las oposiciones en las que yo accedí en el año 1970 a la condición de catedrático de universidad, como se dice ahora. Gonzalo Arnaiz era la ética del rigor y la elegancia por su dedicación y entrega y por su permanente afán de estar al día, y de él aprendí mucho no sólo en el plano científico-técnico sino también –por su seriedad, independencia y sentido de la justicia– en el aspecto humano. Su ejemplo me anima a seguir trabajando cada día en una universidad en la que profesores como él constituyeron un lujo que en muy contadas ocasiones, creo yo, la universidad española pudo permitirse.

Los años de postgraduado

Desde el año 1964, en que terminé los estudios de licenciatura, hasta el año 1970, mientras daba los primeros pasos en la carrera académica y redactaba mi tesis doctoral, salvo breves períodos de estancia en el extranjero, residí en el Colegio Mayor Menéndez Pelayo y en la Residencia Universitaria San Alberto Magno. Estos años fueron para mí sumamente enriquecedores desde el punto de vista intelectual no sólo porque me permitieron profundizar en mis principales áreas de especialización –teoría de la empresa, investigación operativa y economía financiera– sino también porque en las instituciones por las que pasé como profesor y en las que residí pude conocer y forjar lazos de amistad con jóvenes profesores e investigadores de las más variadas procedencias: desde la filosofía y la teología hasta la física y la biología, pasando por la ciencia jurídica, la historia, la literatura y la lingüística o la medicina. Jóvenes investigadores, profesores y opositores que en su mayor parte son hoy (o fueron ya) personalidades relevantes del mundo de la ciencia y de la cultura, de la Administración Pública, de la empresa privada o de la política.

Recuerdo con especial admiración y afecto de esta época a Sixto Álvarez Melcón, José María Gondra, Luis García San Miguel, Rafael Puyol, José Luis Moralejo, Luis Pablo Rodríguez, Pedro Solbes, Luis Sánchez-Harguindey, Manuel Coma, Juan Castillo, Núñez de Prado, Alfonso Vázquez, Jesús Fuente Salvador, Carlos Roura, López de Silanes, López Díaz, los hermanos Vázquez Guillén, Manuel Martín, los hermanos de la Torre Prados, Carlos Egea, Aurelio Arteta, José Luis Roselló, Francisco Gadea, Jesús Urías, Ángel Viñas, Miguel Ángel Vegas, Eugenio Estévez, José Luis Méndez, José María Nebot, los hermanos Gobernado, Fernando Villamil, Fernando Preciado, Francisco Simón, Vitorio Magariños, Ángel Luis González, José Manuel Oña Navarro y Antonio García Abad, entre los que todavía están. A Ángel Sáez Torrecilla, Manuel Millán, José Ventura Feijóo y Alfredo Deaño, entre los que ya no están. Todos llevamos con nosotros algo de nuestros amigos. En mi caso es mucho lo bueno que he aprendido de todos ellos.

Recuerdo con añoranza de esta época las charlas de sobremesa, las tertulias de café y los acalorados debates de contenido multidisciplinar que con frecuencia se organizaban para reflexionar en voz alta sobre alguno de los grandes temas del momento.

La economía y el saber científico general

A la economía yo siempre la concebí como formando parte del saber científico general. Detrás de la racionalidad económica está la racionalidad humana y la realidad físico-natural que la condiciona. Al hombre no le basta con la satisfacción de las necesidades más elementales o primarias. Más allá de lo inmediato están siempre los grandes temas, los grandes interrogantes, su permanente insatisfacción y su curiosidad infinita.

El saber científico, según es entendido modernamente, aparece cuando el *logos* –la razón– sustituye al mito en la tarea de explicar la realidad en toda su complejidad, cuando la idea de arbitrariedad es sustituida por la de necesidad; esto es, cuando se llega a la convicción de que las cosas suceden cuándo y cómo tienen que suceder. Ello tuvo lugar en la Grecia clásica, alrededor del siglo V antes de la actual era, y constituyó uno de los más importantes logros de la cultura europea.

Con el Renacimiento el progreso científico experimenta un considerable avance que culmina en el siglo XVII. La idea fundamental de Francis Bacon es que el hombre puede dominar la naturaleza y que el instrumento más adecuado para ello es la ciencia. Con el Renacimiento comienza la modernidad y el hombre vuelve a situarse en el centro del universo.

Con la Ilustración, que se desarrolla durante el siglo XVIII –el denominado Siglo de las Luces–, el hombre alcanza su mayoría de edad intelectual. “*Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento*”. En estas palabras de Emmanuel Kant queda gráficamente expresado el carácter autónomo de la razón ilustrada.

Detrás de ese *logos* que ha inspirado el desarrollo de la historia europea –o en medio de él, como parte sustancial de éste– ha estado siempre la racionalidad económica, a la que da contenido el inacabable proceso de adaptación o acomodación de los escasos medios disponibles a los fines deseados de la manera más satisfactoria.

Medios y fines en economía

Como de manera tan perspicaz como brillante advierte Ludwig von Mises en su obra *La acción humana. Un tratado de economía* (1949): “*Los medios no aparecen como tales en el universo; en el mundo que nos rodea existen sólo cosas determinadas. Una cosa se convierte en medio cuando la inteligencia humana advierte su idoneidad para alcanzar un cierto fin, sirviéndose, efectivamente, de ella la acción humana para alcanzar dicho propósito. El hombre, al pensar, advierte la utilidad de las cosas, es decir, su idoneidad para alcanzar los fines apetecidos y, al actuar, viene a convertirlos en medios*”.

Denominamos fines en economía a las motivaciones o propósitos de la acción humana. Los fines en economía son tan variados e ilimitados como las necesidades que el hombre puede sentir y las cosas que es capaz de imaginar y ambicionar. Lo verdadero en economía no es el todo, en el que la multiplicidad de realidades per-

sonales quedan disueltas, lo verdadero en economía es el “yo” personal, que es en primer término libertad para pensar y actuar; el hombre es un inacabable proyecto, “hechura” o “invención” de su absoluta libertad, según proclama el existencialismo; lo que ocurre es que, al actuar, el hombre descubre al otro, limitador o amplificador de su propia libertad de pensar y actuar, según se mire; es precisamente en sus relaciones con los otros cuando el fenómeno humano se manifiesta en toda su plenitud. El todo en economía es fruto de la cooperación, de la actuación individual en su dimensión social; una representación de la condición social del hombre.

La economía es la ciencia que se ocupa de la utilización de medios escasos susceptibles de usos alternativos, según una de las definiciones más conocidas. La economía ha sido definida también como la ciencia de la riqueza, la ciencia de la administración de los recursos escasos, la ciencia que trata de la producción o intercambio de los bienes y servicios necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas. La necesidad de la economía como organización surgió en el momento mismo en el que el hombre tuvo que contar con otros hombres para realizar cometidos de índole individual o colectiva que aislado en su radical soledad en modo alguno podría haber alcanzado.

La racionalidad en economía

Ser racional en economía consiste en identificar las posibilidades de acción que puedan producir los resultados deseados y en elegir aquellas que más convengan. Organizar consiste en relacionar medios con fines y en asignarle a cada persona el cometido más idóneo y un tiempo para realizarlo. Los objetivos que persiguen los individuos o los grupos de individuos en los niveles bajos y medios del organigrama son siempre subobjetivos de objetivos más generales. Ser racional en economía significa relacionar las acciones presentes con las consecuencias futuras y, por lo tanto, la posibilidad de un cierto control del mundo.

Las estructuras de las organizaciones son los mecanismos ideados por el hombre para que esa racionalidad pueda hacerse efectiva. Si no existieran estructuras y los que mandaran no pudieran hacerse obedecer, ninguna racionalidad en economía sería posible. O, mejor dicho, no sería posible ninguna racionalidad que quisiera ir más allá de la racionalidad de la *ley de la oferta y la demanda*, de la racionalidad que comporta la satisfacción de las necesidades más elementales o primarias por medio de intercambios bilaterales en el mercado abierto, en un mercado –como el descrito por Adam Smith (1776) en su obra *La riqueza de las naciones*– en el que todavía no habían aparecido las grandes empresas modernas.

Todo cuadro, mando o directivo necesita un cierto margen de autonomía de decisión para ejercer su función. Se denomina *jefe o autoridad* a la persona que tiene la facultad de supervisar o controlar a otras personas, a quienes puede dar órdenes e instrucciones y obligar a que se cumplan. Para que un buen jefe pueda demostrar su competencia tiene que tener la posibilidad de equivocarse. Pero para que un buen jefe pueda hacerse obedecer, su medio ambiente tiene que estar estructurado. Las

estructuras de las organizaciones definen los límites y las condiciones de posibilidad de la racionalidad. Son los más maravillosos ingenios ideados por el hombre para superar su limitada capacidad física y mental.

El hombre ha ido sustituyendo lenta y gradualmente el medio natural, en el que surgió como especie viviente, por un espacio organizado, dominado por una pluralidad de aparatos y sistemas técnicos, en el que todo o casi todo es nuevo o artificial. Como advierte Manuel García Pelayo en su obra *Burocracia y tecnocracia* (1974): “*Estas instrumentalidades y sistemas técnicos se hallan articulados a nosotros mismos en una relación cuasi orgánica, razón por la cual el fenómeno ha sido definido como «prótesis generalizada» o como «proceso metabiológico» que marca una nueva era en la evolución del género humano, en la que los nuevos artefactos y sistemas técnicos forman parte del organismo humano como la coraza en los crustáceos*”.

Organización y jerarquía

Las estructuras jerárquicas o sistemas de autoridad formal dan contenido a las organizaciones. Sin jefes las organizaciones no podrían funcionar. Nadie discute las virtudes de la democracia como fuente de legitimación de la autoridad de los jefes; sus virtudes no están claras, sin embargo, cuando se utiliza como sistema de gestión. La democracia directa –el *grupo en fusión* de que nos habla Sartre– no es una forma estable y duradera de ejercer el poder, una verdadera práctica de gestión. La subdivisión jerárquica no es característica peculiar –aclara, por su parte, Herbert A. Simon– de las organizaciones humanas; es común prácticamente a todos los sistemas complejos que conocemos. Idea, la de Sartre, que con sus matices y desde diferentes puntos de vista fue defendida por otros muchos autores como, por ejemplo, Derrida y Paul Virilio, para quienes la información en tiempo real exige una rapidez de reacción que secuestra la democracia.

La organización es una maravillosa creación humana, uno de los más grandes inventos de todos los tiempos, la principal causa de la riqueza de las naciones. En el mundo moderno los seres humanos vivimos inmersos en múltiples organizaciones al mismo tiempo que se superponen, solapan o complementan y por medio de las cuales tratamos de dar respuesta a las aspiraciones y anhelos de todo tipo.

La organizativa es una actividad esencialmente creadora y empírica. Es el producto resultante de una ordenación racional de la interacción entre los seres humanos que comparten problemas, objetivos o valores comunes. El progreso económico o social de los pueblos depende más de su capacidad de organización para realizar en común actividades de interés social o colectivo que del mero esfuerzo individual, por muy abnegado e importante que éste sea, cuando ese esfuerzo es realizado de forma anárquica, sin contar con el concurso de organizaciones *ad hoc*.

La organización en la humanidad primitiva

Desde el momento en que el hombre primitivo dejó de moverse por impulsos primarios y frente a la hostilidad del medio dejó de tener una actitud meramente pasiva, concretamente desde que comenzó a vestirse con pieles y a construir su propia vivienda para guarecerse del frío y demás adversidades y, sobre todo, desde el momento en que aprendió a guardar los excedentes de alimento de las épocas de abundancia para hacer frente a las posibles carencias de las temporadas menos buenas y supo esperar a que el fruto sembrado germinara, creciera y madurara, el hombre estaba comenzando a emanciparse de su medio natural. Todo ello tuvo lugar con la revolución neolítica, que comprende aproximadamente el período de tiempo que va desde el año 9000 al 2000 a.C.

Toda especialización o división de funciones (división del trabajo, en suma) conduce inexorablemente al intercambio, bien sea un intercambio voluntario con las familias y tribus vecinas para ceder cada una las cosas que le sobran a cambio de las que le faltan, o bien sea un intercambio coactivo entre los miembros de un mismo grupo, impuesto por un jefe superior con facultades para ello. En esta doble función protectora y redistribuidora de los jefes primitivos se halla, según algunos antropólogos, el verdadero origen del Estado moderno. En los primeros intercambios voluntarios de la humanidad primitiva está el origen del mercado.

Organización y lenguaje

El lenguaje es el atributo más característico de la condición humana. Cuando estudiamos el lenguaje nos acercamos a lo que podríamos denominar la *esencia humana*. A diferencia de los lenguajes infrahumanos, el lenguaje humano se construye a partir de sonidos cuya forma y significado no están genéticamente programados ni tampoco guardan relación alguna, salvada la excepción de algunas palabras onomatopéyicas, con el concepto o con la idea a la que se refieren. De ahí que entre los humanos existan tantos y tan diferentes lenguajes.

Al igual que la actividad organizativa, el lenguaje humano es esencialmente interacción. Estudios recientes han demostrado que los niños no aprenden a hablar oyendo hablar a sus mayores o escuchando la televisión. Sólo aprenden a hablar los niños por aproximaciones sucesivas e interactuando con otras personas.

El lenguaje humano es también una actividad creadora. Este aspecto creador del uso normal del lenguaje es un factor fundamental que distingue al lenguaje humano de cualquier otro sistema de comunicación animal.

Organizar hizo al hombre

Frente a la convicción del biólogo español Faustino Cordón en su sugerente obra *Cocinar hizo al hombre* (1980) de que “*la palabra y, por tanto, el hombre, que se define por su facultad de hablar, sólo ha podido originarse en homínidos*”

(sin duda ya muy evolucionados en el manejo de los útiles), precisamente cuando se aplicaron a transformar, con ayuda del fuego, alimento propio de otras especies en comida adecuada para ellos”, yo sostengo la tesis más general, porque incluso para la práctica de la actividad culinaria se precisa también organización, de que *organizar hizo al hombre*. Si las fórmulas organizativas humanas son mucho más variadas y flexibles que las utilizadas por determinadas comunidades animales, ello se debe sin duda a la propia naturaleza del lenguaje humano, mucho más creativo y flexible que cualquier otro.

Organización y progreso

Lo que distingue y engrandece a los pueblos es su capacidad de concebir y consumir la relación de grandes tareas u obras colectivas que redunden en beneficio de todos o de la mayoría de sus habitantes. Sin organización no hubiera sido posible erigir los grandes imperios de la antigüedad, ni construir las pirámides egipcias, el Partenón griego o las grandes catedrales del medievo. Sin ella tampoco hubiera sido posible descubrir América en el año 1492 o que el hombre pusiera el pie en la Luna en el año 1969.

El Estado moderno es también un logro de la racionalidad administrativa (u organizativa). Una racionalidad que va más allá de la racionalidad egoísta e individualista del *homo economicus* o racionalidad del mercado.

El valor de las cosas y el mercado

El valor de las cosas depende sobre todo del uso que los otros o nosotros con ellos hacemos de ellas. Nada ni nadie vale nada si no es en función de la utilidad que pueda tener para otros. El progreso económico y social lleva aparejada una instrumentalización profunda, una mediatización generalizada de las cosas y de las personas. Esto es lo que, de forma un tanto desesperada, hizo exclamar a Humberto Eco: “*Significo algo para los demás; luego no existo*”.

Esta idea de Eco está muy en consonancia con lo sostenido por teólogos del Siglo de Oro español, quienes consideraban como hitos principales en el camino de la perfección la contemplación y la cesación en la utilización de los medios, lo que conducía según ellos a la nada. Desde la óptica utilitarista, las cosas, materiales e inmateriales, e incluso las personas sólo valen cuando son susceptibles de ser utilizadas para cometidos concretos y devienen en medios. Con esta instrumentalización profunda de todo y de todos, el hombre deja de estar situado en el centro del universo, deja de ser un fin en sí mismo y deja también de constituir la medida de todas las cosas, según sostenía el griego Protágoras en el siglo V a.C. El progreso económico, tal y como se ha entendido en el mundo occidental durante las dos últimas centurias, ha supuesto, queramos o no reconocerlo, un progresivo envilecimiento de la condición humana.

El mercado, que sí debe estar en la base de todo sistema de organización social, es un mecanismo fundamental de asignación de recursos y coordinación de la actividad económica. Es una protoorganización que permite la presentación y la libre circulación de los bienes y servicios susceptibles de ser utilizados en la satisfacción de las necesidades humanas, de índole individual o colectiva, y que hace posible, en consecuencia, fijar unos precios que sean expresión de su utilidad y escasez circunstanciales.

Pero aunque permite fijar precios, no es el mercado quien crea el valor de las cosas. Como dijo el poeta Antonio Machado, sólo el necio confunde valor y precio. Ni tampoco el valor es algo que las cosas lleven incorporado intrínsecamente. El concepto de valor en economía es un concepto mediático. Surge en las cosas cuando el hombre advierte su idoneidad para la satisfacción de sus necesidades; y se acrecienta en general o cambia drásticamente cuando a través de organizaciones colectivas, a modo de grandes alerones o gigantescas escaleras, el hombre se transfigura y se eleva sobre su propia realidad, embarcado en proyectos cada vez más complejos y ambiciosos, que por el momento ya le han permitido alcanzar algunas estrellas o reproducir artificialmente la fusión nuclear que está teniendo lugar en el interior del astro sin cuya luz nuestras vidas no hubieran sido posibles.

El destino final de la historia

La economía es una ciencia de diseño. El ingeniero diseña aparatos e instrumentos técnicos; el economista diseña instituciones y sistemas sociales de convivencia. El diseño de una sociedad ideal –perfecta– ha sido la gran utopía, el sueño eterno del hombre. Con la Ilustración se inició la era de una escatología profana: salvar al hombre en este mundo. El marxismo promete como destino final de la historia una sociedad sin clases en un paraíso socialista. Con bastante anterioridad, el cristianismo, más cauto, también había prometido el paraíso, pero después de la muerte, en el otro mundo.

Con el hundimiento del sistema comunista y con el fin de la guerra fría, el capitalismo liberal de occidente se ha quedado sin alternativa como forma de organización económica y social, según sostiene Francis Fukuyama en su provocativo artículo “El fin de la historia” (1989). Esta misma tesis es desarrollada posteriormente por el propio Fukuyama (1992) en su libro *El fin de la historia y el último hombre*.

Para el cristianismo, la primera doctrina que predicó la igualdad entre los hombres, la historia es un proceso finito, que comienza con la creación del hombre por Dios y que termina el día del juicio final.

Para Kant, Hegel y Marx la historia tiene como propósito final implícito la realización de la libertad humana. En las naciones gobernadas por tiranos sólo uno era libre; en Grecia y Roma eran libres unos pocos; en las democracias liberales occidentales son libres todos. Una vez conseguida la libertad para todos con el triunfo del sistema liberal capitalista, proclama Fukuyama, se acabó la historia.

Como señala Michel Foucault en su obra *Las palabras y las cosas* (1966), el gran sueño de un término de la historia es la utopía de los pensamientos causales. La misma idea de la que partió Nietzsche para proclamar la muerte de Dios y el error del último hombre.

De acabarse la historia habría que hablar también del fin de la economía. El mercado por medio de la *ley de la oferta y la demanda*, a modo y manera de la ley de la gravedad en física, sería el mecanismo general y definitivo de asignación de recursos y coordinación de la actividad económica. A partir de este momento estaríamos de más no sólo los economistas sino también los políticos e incluso el propio Estado.

No podemos ni debemos resignarnos a aceptar que esta nueva era de idolatría mercantilista y de globalización de la economía sea un fenómeno inexorable contra el que nada pueden hacer ni los políticos ni los economistas. La generalización del libre comercio está erosionando la base económica de las democracias más avanzadas de occidente. El régimen de libre comercio conduce a que únicamente sobrevivan no sólo los más eficientes sino también los más heroicos. Produce una igualación, pero por abajo. Al final sólo sobrevivirán los que sean capaces de competir con quienes están dispuestos a luchar a muerte por un plato de arroz.

Ante semejante estado de cosas serán muchos los desertores del orden económico imperante. Como alternativas sólo les quedan las del robo y la mendicidad. Y no habrá cárceles ni albergues de caridad para todos.

Suena muy bien eso de defender el mercado y la libre competencia, con el argumento de que es el único sistema que permite que triunfen los que más valen cuando uno está entre los mejores. Sin embargo, cuando uno tiene una minusvalía física o psicológica o, simplemente, le toca estar entre los perdedores de este juego de tipo darwiniano, la melodía suena ya mucho peor. Parece razonable dar más a quien más vale o más lo merece. No parece razonable ni ético ni estético, cualquiera que sea el lado del que se mire, dejar que se pudran o mandar a la hoguera a quienes les ha tocado perder o simplemente no han podido participar en esta gran competición. El diseño de un orden social medianamente equitativo y habitable pasa, echando mano del argot deportivo, por que haya trofeos para los ganadores y también premios de consolación para los perdedores.

Es una constante en la historia de occidente desde la primera revolución industrial, a finales del siglo XVIII, el continuado aumento de la productividad del factor trabajo. A medida que el hombre pudo disponer de herramientas, máquinas e instrumentalidades técnicas más poderosas, cada vez fueron necesarias menos personas para fabricar todas las cosas que la sociedad necesitaba. Los empresarios que acertaron con mayor rapidez a sustituir hombres por máquinas fueron los que cosecharon mayores ganancias. La creciente mecanización y posterior automatización de los procesos productivos que ahorraran mano de obra fue alentada por las propias empresas con el fin de abaratar costes e incrementar sus ganancias.

Enseguida el orden económico de mercado tuvo que enfrentarse a su primera gran contradicción. A menor volumen de empleo, menor masa salarial y menor ca-

pacidad de gasto de la población trabajadora. Al no poder las empresas dar salida a los artículos que fabricaban, las crisis de superproducción comenzaron a sucederse y el sistema a tambalearse, hasta que llegó el gran *crack*, la crisis económica del año 1929, de la que se dijo que costó a la humanidad más que las dos guerras mundiales juntas y que fue la causante en buena medida del estallido de ambas. Fue entonces cuando el Estado tuvo que venir en socorro del mercado y así hemos funcionado en el mundo occidental bastante bien y hasta hace bien poco, justo cuando los Estados nacionales comenzaron a hacer aguas por los déficits excesivos, el endeudamiento irresponsable y la corrupción generalizada.

Desde que a mediados del siglo XVIII comenzó la actual civilización industrial, las crisis económicas han sido siempre por exceso de producción. Resulta paradójico que haya sido la abundancia, ya que no la penuria o carencia, la causante de las grandes hecatombes económicas. El mercado se ha revelado como el mecanismo más poderoso desde el punto de vista de la eficacia productiva, y el más ineficaz por el lado de la distribución o reparto del producto social generado. Más aún, el libre discurrir de las fuerzas del mercado conduce inexorablemente a la creación de desigualdades que son permanente fuente de conflictos. La historia y el sentido común nos enseñan que una sociedad bien ordenada necesita de mecanismos de acción colectiva alternativos que resuelvan el problema de la distribución o corrijan la que resulta del libre discurrir de las fuerzas del mercado, mecanismos que se ocupen no sólo de un equilibrado reparto de la renta y de la riqueza sino también del tiempo de trabajo.

La nueva revolución industrial en la que nos hallamos inmersos, la denominada *revolución de la inteligencia*, está llevando a que cada vez sean necesarias menos personas para fabricar todas las cosas que la humanidad necesita. Se está viviendo un momento histórico excepcional, marcado por la gran revolución de las tecnologías para el tratamiento de la información. Sólo un reducido porcentaje de la actual plantilla laboral tendrá trabajo en el futuro. Serán trabajadores muy selectos, muy bien formados y pagados, capaces de trabajar con máquinas muy sofisticadas, los que tengan trabajo en el futuro. El problema está ahí y su solución requiere responder a estas dos preguntas: ¿qué hacer con todos los trabajadores que sobran?, ¿cómo repartir las ganancias generadas por las nuevas tecnologías?

El hombre moderno ha venido desempeñando tres roles o papeles principales en la nueva sociedad que se configuró a partir de la primera revolución industrial: productor, ahorrador y consumidor. Puede suceder –es muy probable– que, en esta nueva etapa de desarrollo de la humanidad, a los grupos industriales y a las grandes corporaciones multinacionales que se han ido configurando y consolidando a partir del año 1950, las funciones de productor y ahorrador del hombre moderno les sean cada vez menos necesarias, mas no así su función de consumidor. Las fábricas tienen que dar salida a sus producciones y para poder comprar hay que tener dinero, a no ser que la sociedad futura se organice por estratos en dos grandes castas: la de los privilegiados y todos los demás. Vivir en una sociedad estructurada de esa manera no parece que vaya a resultar muy agradable, aunque uno tuviera la suerte de

caer del lado de los primeros, ni tampoco sería una sociedad a la que se le pudiera augurar un futuro mínimamente estable y duradero.

Las islas de prosperidad habitadas por los privilegiados terminarían por ser arrasadas antes o después por las olas del mar de la pobreza habitado por los desterrados de este mundo, que serían la gran mayoría. Aunque es verdad que debido a la falta de una clara conciencia de clase de los nuevos pobres, mendigos, parados tecnológicos y reconvertidos, la situación podría prolongarse durante algún tiempo, a largo plazo el desenlace sería, sin embargo, inevitable. Bastaría simplemente con el crecimiento natural de la marea en el extenso mar de la pobreza para que toda isla de prosperidad quedara sepultada cualquier noche de luna llena. El régimen económico de libre mercado en el marco de una democracia pluralista al estilo occidental sólo podrá sobrevivir en la medida en que sea capaz de integrar a todos o a la mayoría.

La hipótesis de la economía neoclásica de un crecimiento económico ilimitado y de que la propia dinámica económica crea más empleo del que se destruye parece haber llegado a su final. Problemas tan graves como el de la superpoblación del mundo y la contaminación y destrucción de la naturaleza ahí están, y no sería propio de seres inteligentes querer ignorarlos por más tiempo. Las catástrofes de Somalia y Ruanda, y ahora del Zaire, sólo son avisos de lo que puede suceder en otras muchas partes.

Hay que parar el reloj y ponerse a pensar un poco, todos juntos, de forma organizada (esto es, de manera racional o civilizada). O cuando menos que piensen un poco quienes ostentan puestos de responsabilidad en los Estados nacionales y en los organismos internacionales, los que tienen la suerte de ir en el pelotón de cabeza de esta carrera demencial. El Estado hay que refundarlo y arreglarlo como sea. Al mercado no se le puede dejar solo. Un mercado sin contrapesos terminará por llevarnos a todos al desastre. Y un Estado sin mercado, lo mismo, como muy bien conocen los países de Europa del este, Cuba y otros muchos que lo han padecido en sus propias carnes.

Hay que procurar conciliar ambas cosas: la eficacia productiva con la justicia distributiva. Por mucha microelectrónica, mucho chip, mucha revolución de las tecnologías, son muchas las cosas que quedan todavía por hacer. Para empezar basta con mencionar el cuidado de nuestros niños y ancianos, la atención sanitaria, la limpieza de las calles de nuestras ciudades, la conservación de la naturaleza y defensa del medio ambiente, todas las actividades relacionadas con el entretenimiento y el ocio, el estudio y la investigación científica en ese afán de superación permanente que nos caracteriza a los humanos, etcétera. Al ser humano no le basta únicamente con tener para comer, necesita además sentirse integrado, útil para los otros y con los otros.

En todo esto, como en otras muchas cosas, es mucho lo que tienen que decir los movimientos y asociaciones ciudadanas, las organizaciones no gubernamentales, las entidades no lucrativas de todo tipo, las organizaciones religiosas, las asociaciones culturales, además de los sindicatos; un amplio sector que no es ni mercado

ni sector público y que cada vez tiene mayor peso en las sociedades occidentales. Es el denominado tercer sector o sector de economía social que está llamado a desempeñar en el próximo futuro un activo papel en la vertebración de la sociedad civil; un sector que pretende dar respuesta a las necesidades de un considerable número de personas –de una ancha franja de población que va en aumento– a las que el Estado no llega y el mercado deja fuera.

Las instituciones que dan contenido a este tercer sector son fruto de la iniciativa popular, privada. Surgen de abajo arriba y sirven de puente o colchón (e incluso de revulsivo) entre el mercado y el Estado. Estas iniciativas, junto con la generosidad y el altruismo de un voluntariado cada vez más numeroso, en especial entre los jóvenes, autorizan la esperanza de que el mundo todavía puede tener arreglo.

Economía y creatividad

Mientras que el hombre tenga imaginación –sueño, ambicione, fabule...– ni la economía ni la historia podrán detenerse. Lo que sucede es que, con el fracaso de los regímenes comunistas en los países de Europa oriental y en otras partes del mundo, la dinámica social se ha quedado momentáneamente sin motor. Ello ha supuesto para una gran parte de la humanidad la gran decepción.

Mientras tanto existan pobres e injusticias sociales en el mundo y los hombres tengamos sentimientos, el economista no puede permitirse el lujo de arrumbar en el baúl de los recuerdos su función de arquitecto social, más necesaria probablemente ahora que en ninguna época histórica precedente. Todos estamos un poco hartos de tanta ingeniería financiera, de tantos escándalos y trampas contables, de los golpes de mano de personas sin escrúpulos y de los robos multimillonarios de guante blanco. La ingeniería financiera, según se ha entendido modernamente, de manera impropia por cierto, tiene que dejar paso a la ingeniería social.

La economía vista como un todo circunstancial y temporal es, en último término, una representación, entendida ésta –en el sentido de Schopenhauer– como la forma del mundo que es fruto de las manifestaciones de la voluntad; una representación de la condición social del hombre en unas circunstancias concretas de lugar y tiempo. Representaciones económicas que, al igual que ocurre con las representaciones artísticas, se suceden las unas a las otras, y en las cuales no pueden faltar nunca ni la imaginación ni la fantasía.

A modo de conclusión

En el sufrimiento de los demás, en la alteridad o epifanía del otro, en el reconocimiento de uno mismo en el otro y la identificación con él, en los sentimientos más profundos y en las sensaciones más nobles que laten en el corazón de cada uno de nosotros debe estar, en mi opinión, el origen de toda preocupación económica. Porque para mí la economía es también poesía, la poesía de los pobres y desheredados, como el *Canto general* del poeta Pablo Neruda.

En la confrontación de nuestra grandeza con nuestra miseria radica la esencia de la condición humana, el juego supremo de la verdad, de nuestra verdad: la de querer vivir más allá de nosotros mismos, con los otros, para vivir con ellos e incluso desvivirnos por ellos en el inacabable proceso de transmutación personal y metamorfosis social.

Y nada más, señores. Muchas gracias ahora por la paciencia que han tenido de escucharme y por la atención prestada.

He dicho.